

El porvenir del libro a partir de la experiencia canadiense

Devis Vangeois

Resumen

El autor reflexiona sobre el futuro del libro aprovechando su doble condición de historiador y editor. Tomando el caso canadiense como referencia trata primero a las ediciones canadienses en lengua francesa, diferenciando la edición de literatura general y escolar de las ediciones universitarias, siendo de sólo 7 millones de lectores el sector francófono (2.500 títulos al año), la industria editorial goza de subvenciones y apoyo estatal en forma inevitable; las reflexiones sobre las ediciones universitarias resultan extremadamente pertinentes para sus homólogas venezolana y latinoamericana. Posteriormente se refiere a la edición canadiense en lengua inglesa la cual, dada esa condición, sirve a 21 millones de canadienses (6.700 títulos al año) y tiene posibilidades competitivas con el mundo anglófono, ello es especialmente conveniente para el libro especializado y universitario. Sin embargo esa posibilidad opera también en sentido inverso lo cual provoca que la presencia norteamericana sea casi asfixiante. El artículo se pasea por las limitaciones y potencialidades de la edición electrónica y en relación a ella se afirma que el futuro del libro está asegurado pues la opción electrónica no compite sino complementa la del libro.

Abstract

The author makes a reflection about the future of books, tanking advantage of this double condition of publisher and historian. Considering as a reference the Canadian example, he talks about the Canadian publications in French, stablishing a difference between the scholastic and general literature and university publications, having only 7 million of readers in the French-speaking area (2500 titles per year). The Publishing Industry has the benefit of grants and state support; reflections about university publications are extremely pertinent for their Venezuelan and Latinoamerican similars. Then, the mentions the Canadian publications in English, which is followed by 21 million of Canadians (6700 titles per year), and competes with English-speaking world, being convenient for the specialized university book. However, this possibility also goes in an opposite way, showing Northamerican presence as almost asphyxianting. The article finally talks about the limitations and potentialities.

* Ponencia del Primer Encuentro de Editoriales Universitarias y Académicas. Cartagena de Indias. Colombia. Febrero 1996

** Historiador y editor canadiense.

Canadá: unas palabras sobre su historia

Como todas las Américas, el Canadá fue primero un territorio Indio. Y luego, unos 100 años después del comienzo de las colonizaciones españolas y portuguesas, aparecían en el Norte, más o menos al mismo tiempo, un sistema colonial francés y un sistema colonial inglés. Efectivamente, hacia 1600, nacían tímidamente Jamestown en Virginia y Quebec a lo largo del río Saint-Laurent.

A mediados del Siglo XVIII, la nueva Francia lograba controlar más o menos toda la América del Norte con una débil población de 70.000 personas aproximadamente. Con el fin de compensar esta debilidad demográfica, los franceses habían tejido una admirable red de alianzas con la mayoría de las tribus indias, desde el centro-oeste del continente, es decir la región de los Grandes Lagos hasta la desembocadura del río Mississippi.

Por la misma época, es decir hacia 1750, las colonias inglesas contaban con un millón y medio de habitantes. Lo inevitable sucedió en 1759-1760: la Nueva Francia se derrumbó y la América del Norte se volvió británica.

Quince años más tarde, es decir en 1775, un profundo sisma desgarró a esta América británica. De allí salió una parte republicana, los Estados Unidos, y una parte legitimista, el Canadá. Canadienses franceses, sobrevivientes de la antigua Nueva Francia, se encontraban en gran mayoría en la parte legitimista. Poco después serán una minoría, pero siempre están ahí y forman hoy en día aproximadamente la cuarta parte de la población de todo el Canadá. Como ustedes saben, se concentraron en el Quebec del que constituyen el 80% de la población.

Presentándoles hoy, como ustedes me lo pidieron, un bosquejo de la empresa editorial en el Canadá, deberé entonces hacer la distinción entre las ediciones en lengua inglesa y las ediciones en lengua francesa. Como lo verán, las condiciones que prevalecen son además bastante diferentes.

Las ediciones canadienses en lengua francesa: la literatura general y el sector escolar

Se publican, en Quebec únicamente, un poco más de 2.500 nuevos títulos cada año. Las dos terceras partes de esta producción son obras de literatura general: novelas, ensayos, obras prácticas, poesía. Teniendo en cuenta el mercado restringido que constituye la población francófona del Canadá, más o menos 7 millones, este sector no se mantiene sino gracias a una importante política de subvenciones de la cual tendré ocasión de hablarles más adelante. El campo de la edición es evidentemente objeto de una fuerte competencia de editores extranjeros, en particular los franceses. Es de esta manera como los editores franceses acaparan aproximadamente el 60% del mercado del Quebec.

Haciendo caso omiso de una calidad incontestable, estos editores se aprovechan de una mentalidad colonial que aún persiste entre nosotros. Los medios de comunicación por ejemplo le dan con frecuencia una mayor importancia a un novelista francés que visita el Quebec por algunos días que a un escritor del Quebec. Además, los autores franceses llegan la mayor parte de las veces con la aureola de una crítica muy favorable en su país.

De la misma manera, la literatura general se mantiene y cuenta cada vez más con autores de éxito. Que se me permita mencionar el caso de Michel Tremblay y Robert Lepage cuyas obras teatrales le dan la vuelta al mundo, o a Arlette Cousture quien tiene mucho éxito con sus novelas. A título de ejemplo, les recordaré una serie de televisión que fue hecha a partir de su primera novela, *Las hijas de Caleb*, y que llegó a tres millones de televidentes semana tras semana. Es evidentemente un éxito fenomenal cuando se piensa que este número representa más de la mitad de la población francófona del Quebec.

Algunos ensayos gozan igualmente de un gran éxito ante el público, sobre todo en el caso en que su aparición esté ligada a un acontecimiento y si se logra crear el acontecimiento alrededor del libro, claro está, gracias a la complicidad de los medios de comunicación.

En fin, los editores quebequenses obtienen buenos resultados con los libros para jóvenes y con los libros prácticos. En el primer género, las ediciones de pequeña escala —Editions de la Courte échelle— tienen

ahora traducciones en las principales lenguas del mundo. Es también el caso para algunos libros prácticos de las Ediciones del Hombre — Editions de L'Homme—, desde la horticultura hasta la psicología.

Un éxito de librería, en literatura general, le da al editor el impulso que necesita para mantenerse, si es posible para desarrollarse, y a veces para girar hacia géneros más difíciles como el libro especializado o la obra universitaria. Hace unos veinte años, era un poco el modelo. Los editores de literatura general reciclaban sus beneficios en las ediciones especializadas; pero poco a poco, este feliz hábito desapareció. Por un lado, los beneficios fueron cada vez más escasos, y por otro, las ediciones especializadas se volvieron cada vez más difíciles.

En toda la producción del Quebec, que es, recordémoslo, de más o menos unos 2.500 títulos por año, aproximadamente un 15% es de obras escolares y un 10% de obras especializadas. Las obras escolares constituyen el sector de mayor provecho y el único que es realmente rentable. Puede ser además muy lucrativo. Este hecho resulta de una situación muy particular: en el Canadá, la educación es una competencia exclusivamente regional. Y el Quebec es la única provincia con mayoría francófona, y allí se encuentra un sistema de educación único y programas de estudio exclusivos. Los editores de textos escolares tienen entonces acceso a un mercado protegido. Entonces el «dumping» de productos extranjeros se vuelve casi imposible, también por el sistema de aprobación establecido.

Como en la mayoría de los países, tenemos escuelas públicas y escuelas privadas. La escuela pública es gratuita y los textos de enseñanza son suministrados por las autoridades. El Estado financia manuales y material en la medida en que este haya sido aprobado, es decir si está conforme a los programas y a los objetivos. Igualmente, cada obra es objeto de un examen muy atento en el plano material (papel, caracteres tipográficos, encuadernación) y sobre todo en cuanto al respeto de un cierto número de exigencias: ausencia de prejuicios o de cualquier forma de discriminación hacia las mujeres, las etnias, los indígenas, etc. Las obras escolares deben ser rigurosamente «politically correct».

Las ediciones universitarias (de lengua francesa)

El pariente pobre de nuestro mundo editorial es, como en todas partes, el libro universitario o el libro especializado.

En el pasado, la investigación era el monopolio de las universidades. Hoy, importantes investigaciones se hacen dentro de los gobiernos: en los diferentes ministerios, en los institutos especializados o en las escuelas profesionales. De la misma manera, las grandes o hasta las medianas empresas y las oficinas de consultoría invierten cada vez más en lo que se llama la investigación y el desarrollo.

La edición especializada se alimenta de ahora en adelante a partir de los trabajos de los investigadores universitarios así como de los investigadores del sector privado y de los trabajadores independientes. Esta siempre está en manos de las prensas universitarias y de algunos editores privados.

Las prensas universitarias son generalmente sostenidas por sus instituciones, porque contribuyen ampliamente a su resplandor y a su prestigio. Las universidades tienen entonces bastante razón, en mi concepto, al sostener una actividad editorial. Además, ¿para qué financiar trabajos de investigación si no se difunden o si no se vuelven accesibles a las nuevas generaciones de estudiantes? Pero las universidades pasan por situaciones financieras difíciles y tienen tendencia actualmente a cuestionarse el estatuto de su prensa.

Además de la prensa universitaria, algunos editores privados persisten en la idea de hacer ediciones especializadas. Estos editores pueden estar unidos a empresas o a organismos de investigación, ser el medio de firma de consultores, o pertenecer a casas editoriales que heredaron una tradición de presencia en algunos campos especializados. Los editores privados como la prensa universitaria pueden contar con programas de ayuda a la edición especializada. Los procesos son generalmente largos y pesados, pero siguen haciendo posible, anualmente, la publicación de más de 100 títulos. A pesar de la financiación de programas especiales o de presupuestos de investigación que tienen que ver con la publicación, a

pesar también de la calidad de los trabajos de investigación, la edición universitaria pasa por serias dificultades, tanto del lado inglés como del lado francés.

De esta manera la Asociación de Prensa Universitaria Canadiense no cuenta actualmente sino con diez miembros:

University of Alberta Press, University of British Columbia Press, University of Calgary Press, Carleton University Press, University of Manitoba Press, McGill-Queen's University Press, Pontifical Institute for Medieval Studies, University of Toronto Press y Wilfrid Laurier University Press.

En el Quebec, quedan actualmente las «Presses» (Editoriales) de la Université Laval, de la Université du Quebec y de la Université de Montréal. Paralelamente a estas editoriales institucionales se encuentran editores privados que también hacen edición universitaria. Mencionemos la Gaëtan Morin, HMH, Boréal, Septentrion, etc.

Todos los editores universitarios están enfrentados a los mismos problemas. El más grave tiene que ver con el abuso de las fotocopias. En nuestras bibliotecas universitarias, todo está sorprendentemente establecido para que se favorezca la fotocopia. En el pasado, había que buscar una fotocopidora e instalarse con montones de monedas. Hoy en día, las fotocopadoras están en todas partes, funcionan más rápidamente, dan mejores resultados, cuestan menos, y funcionan con tarjetas de débito. Los servicios de la biblioteca llegan hasta poner a disposición de los estudiantes fragmentos de libros y artículos de revistas recomendados por los profesores. De esta manera 250 estudiantes pueden fotocopiar fragmentos de un libro que ni siquiera habrán tenido en sus manos. Puede hasta suceder que la biblioteca no tenga el ejemplar de la obra y que los fragmentos que se ponen a disposición de los alumnos hayan sido tomados de un ejemplar obtenido por préstamo interbibliotecario, lo que sugiere, dicho de paso, que las bibliotecas universitarias se entienden frecuentemente entre ellas para repartirse las compras. En otras palabras, el editor universitario no está seguro de vender un ejemplar a cada una de las instituciones.

Uno de los nuestros hizo un informe hace dos años: solamente una biblioteca universitaria poseía la totalidad de los 19 títulos recientes

publicados por las prensas universitarias del Quebec. Peor aún, la mayoría de las bibliotecas no tenía ninguno de esos 19 títulos, o solamente uno o dos. Cuestionados a este respecto, los bibliotecarios en mención respondieron que ¡ningún profesor les había recomendado comprarlos! Tocamos aquí una segunda categoría de problemas: los presupuestos de las bibliotecas.

Paralelamente a una política de compra restrictiva y de presupuestos reducidos, hay que subrayar la multiplicidad de los títulos ofrecidos. Los bibliotecarios deben escoger teniendo en cuenta las solicitudes de los profesores y de los estudiantes.

Aunque la edición universitaria es cada vez más arriesgada, ésta está progresando. Las obras colectivas aumentan fuertemente y los editores están inundados de propuestas de actas de seminarios.

Entonces sorprendentemente este es el género de obra poco popular para el público e ideal para la fotocopia. Los presupuestos de las bibliotecas son además alterados por un alza en los costos de funcionamiento, por los salarios y por las garantías sociales. Los presupuestos de adquisición sufren por esta razón y hay que repartir de ahora en adelante entre los libros y los periódicos. Estos últimos están aumentando fuertemente y cada vez cuestan más caro.

La edición electrónica

A primera vista el libro especializado sería el que más convendría indudablemente para la edición electrónica y para una presencia en las redes informáticas ya existentes. Existen aparentemente experiencias a este respecto. En Dinamarca, las universidades ya han conectado sus bibliotecas y sus librerías con redes informáticas. En cualquiera de estos lugares, una persona puede consultar las obras almacenadas en alguna parte. Si esta persona está interesada por una obra o por una parte de la obra, se le hace una impresión por solicitud, en el lugar donde ella se encuentre. Evidentemente, si se reproduce el libro completo, su presentación es menos bonita, pero no le costará más que si proviene de un circuito comercial habitual. Los problemas, puesto que los hay, no están ni en los costos ni en las posibilidades de acceso. Están más bien en la manera de editar. Tendremos ocasión de volver a esto.

Por el momento, el libro especializado y universitario debe aprovechar la informática, sobre todo para su promoción y su circulación en el mercado. Sería bueno que todos los especialistas pudieran consultar regularmente y fácilmente las novedades en sus campos. Me dirán que ya es posible e incluso que se hace, pero se admitirá que es todavía complicado. De esta manera, con el fin de obtener algún resultado con Internet, se necesita experiencia, paciencia y tiempo. Un encuentro como el de hoy debería llevarnos a tomar decisiones para remediar los problemas existentes y establecer las bases de una colaboración fructífera. Me invitaron a hablarles de las perspectivas de colaboración internacional en el campo editorial. Ya volveré sobre esto. En el pasado, quisiera decirles una palabra sobre la edición de lengua inglesa en Canadá.

La edición canadiense en lengua inglesa

No es sorprendente que siendo la población cuatro veces más importante que la de la lengua francesa, el número de títulos publicados sea más del doble (cerca de 6.700 nuevos títulos por año).

En literatura general, la competencia que proviene del exterior es aún más fuerte para los editores de lengua francesa. La producción de los Estados Unidos pesa efectivamente mucho. Los canadienses ingleses tienen la ventaja de tener inmediatamente en su lengua las novedades americanas. El inconveniente es que esta producción toma casi todo el espacio.

La sociedad canadiense-inglesa es evidentemente menos particular, menos diferente o menos distinta. Su producción original es entonces menos limitada, pero no es inexistente, lejos de eso.

Puesto que está producida en lengua inglesa, tiene la ventaja — toda moneda tiene dos caras, como decimos nosotros— de poder unir los públicos anglófonos de Estados Unidos, de Gran Bretaña, de Australia, etc. sin la etapa de la traducción.

Digamos unas palabras rápidamente sobre el sector escolar canadiense-inglés. Aunque las nueve provincias canadienses con mayoría anglófona tienen programas escolares bastante particulares, sufren una importante presión de los programas de enseñanza y del material produ-

cido por Estados Unidos. Estas deben protegerse entonces contra la penetración de obras extranjeras, sobre todo en ciencias exactas y en matemáticas. Los editores americanos y británicos se sienten cómodos en el mercado escolar canadiense-inglés y no resistieron a la tentación de controlar a varios editores escolares del Canadá inglés. Hay que notar que los editores escolares del Quebec son mayoritariamente propiedad del Quebec.

Finalmente, la edición universitaria de lengua inglesa pasa por una situación bastante parecida a la del Quebec. Sin embargo esta tiene una gran ventaja en competencia con la producción extranjera de lengua inglesa, pero en contraparte, las obras de McGill-Quenn's, University of Toronto Press y UBC Press son vendidas en todas partes en Canadá (no solamente en una provincia), en Estados Unidos, en Gran Bretaña, en Australia, y finalmente en los medios científicos del mundo entero en donde el inglés tiene tendencia a volverse la lengua de la comunicación científica.

Uno de los propósitos del presente encuentro es el de preguntarse sobre el porvenir del libro, particularmente del libro científico y universitario. No se puede ignorar aquí este problema de la lengua. A pesar de la importancia del español y del francés, no se puede olvidar el lugar que ocupa el inglés en las comunicaciones científicas.

El español es la primera lengua de América y sin embargo esta lengua está permanentemente confrontada al inglés. Qué se puede decir entonces del francés hablado por cerca de siete millones de canadienses, algunos millones de americanos y de latinoamericanos?

Para sobrevivir, el libro universitario en lengua diferente al inglés deberá ser sostenido como tal. Necesitará subvenciones más importantes, será necesario que los presupuestos de investigación prevean fondos *para la publicación, también se requerirán traducciones hacia el inglés* para permitir que nuestros trabajos sean conocidos y citados.

Si la omnipresencia del inglés impone un problema en la edición tradicional, qué decir de la vía de la información? Hay que confesarlo, la expansión de Internet y de las otras redes informáticas es, a este respecto, bastante preocupante.

Pero para las prensas universitarias y la edición en general, los desafíos de la vía de la información van más allá de cuestiones lingüísticas.

Los editores tienen la opción actualmente entre diversos soportes: el papel con el que se hace el libro, la revista o el periódico, la electrónica que da el disquete del computador, la cinta magnética, el CD-ROM o un lugar en una red informática.

¿Con qué criterios deben tomarse estas opciones? Mi experiencia me muestra que los autores prefieren el libro. Ellós quieren estar conectados a una red informática, pero sobre todo quieren un libro. Si usted les propone editarlos de manera electrónica e instalarlos en un sitio o en un servidor, ellos se preocupan: ¿cómo se hará la publicidad de su obra? ¿se podrá hacer un servicio de prensa? ¿cómo prever un bello libro si la edición se hace por pedido, es decir por unidad?

Para este tipo de edición, disponemos ya de dos equipos posibles: un terminal de computador equipado de una impresora y una máquina reproductora (tipo Docutech), suerte de fotocopiadora muy sofisticada que imprime y une a partir de un diskete sobre la cual está cargado el libro diagramado.

Si el libro en cuestión fue colocado en un puesto informático, este pudo haber sido ubicado en dos formas pasablemente diferentes. La primera, de acuerdo a una diagramación tradicional: cada página es de alguna manera una imagen y está reproducida como tal. Las notas y referencias pueden ser colocadas en pie de página o al final de los capítulos, las ilustraciones están bien ubicadas, etc. Dicho de otra manera, es el libro habitual disponible en soporte informático en lugar de ser presentado en papel. El segundo método se adapta al soporte informático y tiene en cuenta las posibilidades de investigación por barrido o búsqueda de palabras. De nuestro lado, utilizamos hace algunos años un programa llamado El Archivista que fue creado por un profesor de la Universidad de Laval.

A propósito del soporte informático

Me permitiré algunas palabras sobre los desafíos o sobre los problemas de edición electrónica a los que nos vemos enfrentados y que no tienen todavía una solución. Esencialmente, el objetivo es conservar la calidad de las ediciones en papel y encontrar los medios para que se le agreguen ventajas a la edición electrónica.

De esta manera, las referencias de los textos citados son esenciales en una obra especializada. Sobre soporte informático, se pueden agrupar todos los títulos y llamarlos con la referencia apropiada. El título completo aparecerá entonces cada vez con el número de página respectivo. También se podrá tener acceso al texto citado o a la referencia dada. Las posibilidades son casi infinitas y algunas CD-ROM como las «200 personalidades del periódico Le Monde» nos dan una idea.

Es sin embargo del lado iconográfico que las posibilidades del soporte informático son más grandes. Ventaja particular: la policromía es posible sin grandes costos. Y con mayor razón, la misma ilustración puede ser llamada cuantas veces uno lo desee, ya sea en su conjunto, ya sea en detalle. Datos adicionales pueden ser suministrados, obras paralelas, etc.

Lo que es cierto en el documento en color lo es también en el documento sonoro o en el documento animado. Soñar no cuesta nada.

Si el trabajo de edición electrónica se realiza de manera que sea posible la impresión sobre papel, las ventajas son entonces menos evidentes. O bien el editor mantiene preocupaciones en la puesta en página, o bien se conecta con la accesibilidad de la información. En este segundo caso, el paso a papel plantea problemas que no son resueltos verdaderamente. Es fácil buscar un pasaje, un capítulo, una ilustración, un detalle, pero ¿cómo encontrar la totalidad? Esa es la pregunta.

Por el momento, los editores siguen siendo fieles a una presentación tradicional o bien optan por una presentación electrónica, conscientes que solamente los segmentos pueden ser transferidos a papel. Evidentemente, estamos pensando aquí en obras especializadas o en hermosos libros. Una novela o un ensayo destinado a un gran público no tiene las mismas dificultades, pero además uno puede preguntarse por qué instalarlo en soporte informático. ¿A quién le gusta leer una novela en una pantalla? Estos últimos comentarios les sugieren ya a ustedes que yo no veo posible la muerte del libro como lo conocemos actualmente.

Más allá de los problemas de edición que acabamos de evocar, existe también el de la financiación. Cualquiera que sea el método escogido, la gran pregunta es cómo facturar de tal forma que el editor se instale en una red informática. Evidentemente, si uno se contenta con un resumen y con proponer una orden de pedido, el problema no se plantea. Pero si la obra (total o parcial) es cargada en un computador personal o es impresa, siempre se pueden encontrar los medios de facturar la primera generación, pero cómo garantizar que la obra transferida en soporte informático no sea reproducida?

El año pasado, renunciamos a lanzar libros en disquetes cuando nos dimos cuenta de la imposibilidad de proteger nuestros productos. Pensábamos particularmente en la edición de textos de Bougainville quien vivió en Canadá durante la conquista inglesa. Hoy en día, este género de texto interesa a muchos especialistas. El botánico puede encontrar una descripción de plantas, el antropólogo se interesa en los indígenas, el geógrafo en el clima, etc.

Ahora bien, la información permite una investigación rápida y fructífera. A último momento, renunciamos sin embargo a nuestro proyecto y regresamos al papel ante la dificultad de articular nuestro producto. Estábamos convencidos de que nuestro disquete sería multiplicado y que nuestras ventas serían prácticamente nulas. ¡Es tan fácil copiar un disquete! Noten que el problema se plantea de ahora en adelante para los CD-ROM porque el aparato que permite reproducirlos por unidad existe ya.

Si la obra se instala en una red informática, el problema es el mismo. Se puede exigir entonces un santo y seña para tener acceso a un documento y se puede facturar para que se pueda obtener el santo y seña. La obtención de un código de acceso puede ser facturado en función del objetivo perseguido: consulta únicamente, transferencia a otra red o a un computador personal, impresión. Pero, en todos los casos, únicamente la primera etapa puede ser controlada. Las demás plantean los mismos problemas que los disquetes.

Además, la consulta de un banco de datos puede ser facturada en función del tiempo, pero ¿es esto suficiente para rentabilizarla y para darnos los medios de constituirarla? Yo no creo.

El porvenir de las redes informáticas

¿La vía de la información tiene porvenir? Yo responderé sí y no.

Para tener acceso a bancos de datos, catálogos, inventarios, sí. Para entrar en contacto con materia no tratada como documentos manuscritos, o a la inversa, con materia muy bien tratada como bellos libros, yo diré no. El contacto con el documento en sí o el producto terminado sigue siendo deseable, por no decir necesario. En fin, digámoslo francamente, es demasiado pesado tener que navegar en Internet por ejemplo. Es un poco el reino de la anarquía, lo que me lleva a abordar otro punto que también ustedes me propusieron: las perspectivas de cooperación internacional en el campo de la edición.

Intercambio y cooperación

Hay que plantear los intercambios y la cooperación. Los quebequenses están enamorados de América Latina. Quieren la lengua española y la aprenden con mucho gusto. Tenemos que mejorar e intensificar nuestros intercambios, nuestros contactos, nuestros encuentros. Existe ya la Organización Universitaria Interamericana (OUI) que agrupa gente de todas partes de América, incluyendo claro está al Canadá inglés y a los Estados Unidos. ¿Por qué no insistir en este organismo y en una sólida complicidad que quiere desarrollarse entre latinos del sur y latinos del norte? Somos muy pocos yo sé, pero estamos aquí para permanecer, aríscamente decididos a jugar nuestro papel y a afirmar nuestra diferencia.

A corto término, yo vería dos objetivos en nuestros intercambios:

- 1) Unir nuestros esfuerzos para hacer conocer nuestra producción editorial por parte de las redes informáticas;
- 2) Informarnos mejor sobre nuestra producción recíproca con el fin de favorecer los proyectos de traducción.

Nosotros podríamos recomendarle a nuestros gobiernos que estimulen los intercambios de personas y que organicen cursos en las casas editoriales, en las bibliotecas y tal vez también en las librerías.

Si yo soy un poco escéptico frente a las posibilidades de las redes informáticas, les reconozco por lo demás una gran ventaja: comunicaciones infinitamente más rápidas y más fáciles. Ya no estamos lejos unos de

otros. Vuelvo sobre mi propósito del comienzo: tenemos que conocernos mucho mejor (sobre todo de parte y parte en los Estados Unidos).

El porvenir del libro

Soy historiador y me volví editor en contacto con uno de mis maestros. Adoro este oficio y creo en el libro.

Cuando los primeros computadores personales llegaron, se nos anunció la muerte del libro impreso. En realidad los microcomputadores nos permitieron ser más independientes para hacer nuestros libros, es decir hacer más.

Si bien es cierto que las redes informáticas no han dicho su última palabra, también nosotros las alimentaremos. Los libros más especializados se saltarán tal vez la etapa de la edición sobre papel, pero yo creo, que con mucha frecuencia, terminarán de todas maneras por tomar la forma impresa. Además estoy de acuerdo con que se estimule la edición por pedido para las actas de los seminarios y las obras muy especializadas.

Hay otro factor que podría marcar una enorme diferencia: son los programas de traducción. El día en que se pueda cargar un libro en un servidor y que el usuario pueda leerlo en el idioma que escoja, se le habrá anotado una gran victoria a la informática. Esta ventaja eclipsará casi todas las dificultades que mencioné anteriormente.

Una experiencia original: la ley quebequense del libro

Para terminar, quisiera resumirles la ley del libro que establecimos en Quebec en 1980. Nosotros partimos de nuestra fe en el libro, admitimos que había dos redes para tener acceso a él: el de las bibliotecas y el de los libreros. Convinimos igualmente que cada uno de los artesanos del libro debía ganarse la vida correctamente. Partiendo de estos diferentes elementos instauramos un sistema de acuerdos que privilegiara la propiedad quebequense.

El Estado de Quebec decidió desarrollar sus bibliotecas públicas y aumentar el presupuesto de compra. En contraprestación a un mayor financiamiento, les solicitamos a las bibliotecas que compraran en su región, en librerías agregadas y a precio unitario. Para ser librero agregado, era necesario pertenecer a Quebec, tener un espacio que respetara

ciertas normas, ofrecer una opción razonable, tener herramientas bibliográficas deseables y, claro está, un personal calificado. A cambio de estas condiciones, la librería agregada debía ser la única que podía venderle a las bibliotecas subvencionadas por el Estado. Estas librerías se comprometían igualmente a proveerse de un distribuidor agregado, quien debía simplemente respetar una tasa de conversión para los libros extranjeros. Esta es y sigue siendo la única exigencia para ellos.

Finalmente, el convenio con los editores les daba y les sigue dando derecho a subvenciones, ya sea por parte del gobierno quebequense como del gobierno canadiense. A este respecto hay que darle justicia al gobierno canadiense que hace mucho tiempo apoya la edición y lo hace de manera significativa, principalmente bajo la presión de los editores canadienses-ingleses quienes deben defenderse todos los días de la competencia de sus colegas americanos. En este aspecto, los editores quebequenses aprovecharon las recaídas de la agresividad de sus colegas canadienses-ingleses.

Para terminar, recordemos que no existe una ley del libro en el Canadá inglés; que las bibliotecas públicas están allí mucho más desarrolladas; que los editores se distribuyen con frecuencia entre ellos mismos y no mediante un distribuidor, como es el caso en el Quebec; y que la red de las librerías es, hace mucho tiempo, dominada por cadenas.

En el momento, el Quebec se caracteriza por la existencia de una importante red de librerías independientes, pero han aparecido concentraciones y uniones bajo la presión de una coyuntura económica difícil y almacenes de descuento que generan una competencia peligrosa. Algunos de nosotros recordamos cómo Francia arregló este problema exigiendo respetar el precio al público (5% más o menos, creo yo).

Evidentemente, abogo para que en todas partes donde sea posible, exista una legislación similar a la de Quebec, incluyendo la del precio único. Abogo entonces por todo lo que pueda garantizar la sobrevivencia del libro y de sus artesanos.

Creo en el libro, sinónimo, para mí, de progreso y de libertad.